

†  
JHS

# BOLETIN OFICIAL

DEL  
OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

20 ENERO DE 1942

NÚMERO 2

## DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

MENSAJE DE SU SANTIDAD AL MUNDO  
EN EL DIA DE NAVIDAD

**E**N la alborada y a la luz que resplandece en la víspera de la Navidad, esperada siempre con vivo anhelo, con suave y penetrante alegría, cuando las frentes se disponen a inclinarse y las rodillas a doblarse en adoración ante el inefable Misterio de la misericordiosa bondad de Dios, que, en su infinita caridad, quiso dar a la Humanidad, como don el más augusto y grande, a su Hijo Unigénito, Nuestro corazón se explaya con vosotros, amados hijos e hijas esparcidos sobre la faz de la tierra, y sin olvidar a ésta se eleva y se abisma en el cielo. La estrella que indicó la cuna del Redentor recién nacido brilla aún prodigiosamente desde hace veinte siglos en el cielo de la cristiandad. Aunque se agiten las mentes y las naciones se conjuren contra Dios y el Mesías, a través de las tempestades del mundo de los hombres, la estrella no conoció, no conoce ni conocerá ocasos; el pasado, el presente y el futuro son suyos. Ella enseña a no desesperar jamás; resplandece sobre los pueblos aun cuando sobre la tierra, como sobre el Océano borrascoso y rugiente, se condensen oscuras tempestades pre-

ñadas de estragos y de miserias. Su luz es luz de consueio, de esperanza, de fe inquebrantable, de vida y de certeza en el triunfo final del Redentor, que penetrará, cual torrente de salvación, en la paz interior y en la gloria para todos los que, elevados al orden sobrenatural de la gracia, hayan recibido el poder de hacerse hijos de Dios, porque han nacido de Dios.

Por lo cual, Nos, que en estos amargos tiempos de perturbaciones bélicas estamos afligidos por vuestras aflicciones y doloridos por vuestros dolores; Nos, que vivimos como vosotros, bajo la opresión gravísima de un azote que desgarró ya durante tres años a la Humanidad, queremos, en la vigilia de tan gran solemnidad, dirigiros la palabra con toda la emoción de nuestro corazón paterno, para exhortaros a permanecer firmes en la fe y comunicaros el aliento de aquella verdadera, exuberante y sobrehumana esperanza y certeza que irradia de la cuna del Salvador recién nacido.

#### La trágica situación actual

Es verdad, amados hijos, que si nuestros ojos no mirasen más allá de la materia y de la carne, apenas encontrarían motivo alguno de consuelo. Lanzan, sí, las campanas el alegre mensaje de Navidad; se iluminan las iglesias y los oratorios; religiosas armonías alegran los espíritus; todo es fiesta y ornato en los templos sagrados; pero la Humanidad no deja de desgarrarse en una guerra exterminadora. En medio de los ritos sagrados resuena en labios de la Iglesia la maravillosa antifona: «El Rey pacífico ha sido ensalzado, toda la tierra desea ver su rostro», pero resuena estridente en contraste con los acontecimientos que van, por llanos y montes, con fragor espantoso, devastando tierras y casas, en extensas regiones y arrojando millares de hombres, con sus familias, a la desgracia, a la miseria y a la muerte. Son, ciertamente, admirables los numerosos espectáculos de valor indomable en la defensa del derecho y del suelo patrio; de serenidad en el dolor, de almas que viven como llamas en holocausto por el triunfo de la verdad y de la justicia. Pero también con angustia que Nos oprime el alma consideramos y contemplamos como entre sueños los terri-

bles choques de armas y de sangre en este año que declina hacia su ocaso; la desgraciada suerte de los heridos y prisioneros, los sufrimientos corporales y espirituales, los estragos, destrucciones y ruinas que la guerra lleva sobre las grandes y populosas ciudades, sobre los vastos centros industriales; la dilapidación de las riquezas de los Estados; los millones de seres que el formidable conflicto y la dura violencia están lanzando a la miseria y a la inanición. Y mientras la lozanía y la salud de una gran parte de la juventud que estaba madurando sufre quebrantos por las privaciones que impone el presente azote y van subiendo a cifras espantosas los gastos e impuestos de guerra que van originando una disminución de las fuerzas productivas en el campo civil y social que da ocasión a las inquietudes de los que, preocupados, vuelven la mirada hacia el porvenir. Haced posible y dad rienda suelta a individuos y grupos sociales o políticos para que atenten contra los bienes y la vida ajena; dejad que todas las destrucciones morales lleven la perturbación y el fuego tempestuoso a la atmósfera civil y veréis que las nociones del bien y del mal, del derecho y de la justicia pierden sus perfilados contornos, se debilitan, se confunden y amenazan con desaparecer. Quien, en virtud del ministerio pastoral, puede llegarse al interior de los corazones, sabe y ve qué cúmulo de dolores y de ansiedades inenarrables pesa y se extiende sobre tantas almas, cómo mengua el gusto y la alegría del trabajo y de la vida, cómo ahoga los ánimos y los hace mudos e indolentes, suspicaces y casi sin esperanzas ante los acontecimientos y las necesidades; perturbaciones de espíritu que nadie puede tomar a la ligera cuando siente en su corazón el verdadero bien de los pueblos y desea promover la vuelta normal y ordinaria del trabajo y de la vida. Ante semejante visión del presente, nace una amargura que oprime el corazón, tanto más cuanto que no aparece hoy abierto sendero alguno que lleve al acuerdo a las partes beligerantes, cuyos recíprocos fines y programas de guerra parece que están en irreconciliable contraste.

El cristianismo ha cumplido su misión

Cuando se indagan las causas de las ruinas actuales, que dejan atónita a la Humanidad, que las contempla, se oye afirmar no raras veces que el cristianismo no ha sabido cumplir su misión. ¿De quién y de dónde viene acusación semejante? ¿Tal vez de aquellos apóstoles gloria de Cristo, de aquellos heroicos celadores de la fe y la justicia, de aquellos pastores y sacerdotes heraldos del cristianismo, que con persecuciones y martirios ennoblecieron la barbarie y la rindieron devota ante el altar de Cristo, dieron comienzo a la civilización cristiana, salvaron los restos de la sabiduría y del arte de Atenas y Roma, reunieron a los pueblos en el nombre de Cristo, propagaron el saber y la virtud, elevaron la Cruz sobre los pináculos y las bóvedas de las catedrales, que son imágenes del Cielo, monumentos de fe y de piedad que yergen aún su cabeza venerada sobre las ruinas de Europa? No. El cristianismo, cuya fuerza es digna de Aquél, que es camino, verdad y vida, y que está y estará con El hasta la consumación de los siglos, no ha faltado a su misión, sino que los hombres se han rebelado contra el cristianismo verdadero y fiel a Cristo y a su doctrina, se han forjado un cristianismo a su talante, un nuevo ídolo que no salva, que no repugna a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro y de la plata, que fascina a la soberbia de la vida; una nueva religión sin alma o un alma sin religión; un disfraz de cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo. Estos han proclamado que el cristianismo ha faltado a su misión.

Es que el mundo se ha descristianizado

Ahondemos en el fondo de la conciencia de la sociedad moderna, busquemos la raíz del mal. Esta raíz ¿dónde está? Sin duda alguna, tampoco en esto queremos omitir la alabanza debida a la cordura de aquellos gobernantes que o favorecieron siempre o quisieron y supieron devolver su honor, para bien del pueblo, a los valores de la civilización cristiana en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, en la tutela de la santidad del matrimonio, en la educación religiosa de la juventud;

pero no podemos cerrar los ojos a la triste visión de la progresiva descristianización individual y social que nace de la relajación, enflaquecimiento y abierta negación de verdades y fuerzas destinadas a iluminar los entendimientos acerca del bien y del mal, a vigorizar la vida familiar, la vida privada, la vida estatal. Esta descristianización ha atacado a muchos pueblos de Europa y del mundo, abriendo en las almas tal vacío moral que ningún amasijo religioso o mitológico nacional e internacional es capaz de llenarlo. Con palabras y con hechos y con disposiciones desde decenios y siglos, ¿qué más o menos se supo hacer sino arrancar de los corazones de los hombres, desde la infancia hasta la vejez, la fe en Dios, Creador y Padre de todos, remunerador del bien y vengador del mal, esclavizando la educación y la instrucción, combatiendo y oprimiendo, con todos los medios y por la difusión de la palabra y de la prensa, y por el abuso de la ciencia y del poder, la religión y la Iglesia de Cristo?

Arrastrado el espíritu a la sima moral, al apartarse de Dios y de las prácticas cristianas, no podía menos de suceder sino que los pensamientos, propósitos, iniciativas, estima de las cosas, acción y trabajo de los hombres, se dirigieran y orientaran hacia el mundo material, afanándose por dilatarse en el espacio, por crecer como nunca, más allá de todo límite, en la conquista de las riquezas y del poder; por rivalizar en la velocidad para producir más y mejor todo lo que el adelanto y el progreso material parecía exigir. De aquí, en la política, el prevalecer de un impulso desenfrenado hacia la expansión, y el mero credo político despreocupado de la moral; en la economía, el dominio de las grandes y gigantescas Empresas y Asociaciones; en la vida social, el afluir y hacinarse de muchedumbres de pueblos en las grandes ciudades y en los centros comerciales e industriales con gravoso exceso, con aquella inestabilidad que sigue y acompaña a una multitud de hombres que cambia de casa y residencia, de país y de oficio, de amistades y pasiones. De aquí nació entonces el que las recíprocas reacciones de la vida social tomaran un carácter puramente físico

y mecánico. Con desprecio de todo razonable freno y miramiento, el imperio de la violencia externa, la estricta posesión del poder sobrepasó las normas del orden, regidor de la convivencia humana, las cuales, dimanando de Dios, establecen las relaciones naturales y sobrenaturales mediante el derecho y el amor hacia los individuos y la sociedad. La majestad y dignidad de la persona humana y de las sociedades particulares quedó herida, rebajada y suprimida por la idea de la fuerza que crea el derecho; la propiedad privada llegó a ser para los unos un poder dirigido a la explotación de la libertad ajena, y en los otros engendró celos, impaciencias y odio, y la organización que de esto se derivó se convirtió en poderosa arma de lucha para hacer prevalecer intereses particulares.

En algunos países, una concepción atea o anticristiana del Estado vinculó a sí, con vastos tentáculos, al individuo, de tal forma que casi lo despojó de su independencia, tanto en la vida privada como en la pública.

¿Quién podrá maravillarse hoy día de que tan radical oposición a los principios de la doctrina cristiana haya acabado por transformarse en ardiente choque de tensiones internas y externas, hasta conducir al exterminio de vidas humanas y destrucciones de bienes, como lo vemos y presenciamos con profunda pena? La guerra, consecuencia funesta y fruto de las condiciones sociales ahora descritas, lejos de detener su influjo y desarrollo, lo promueve, acelera y amplía, contando mayor ruina cuanto es más larga, haciendo más general la catástrofe.

### No atacamos al progreso técnico

Sacaría una falsa deducción de nuestras palabras contra el materialismo del último siglo y del tiempo presente quien dedujese de ellas una condena del progreso técnico. No, Nos no condenamos lo que es don de Dios. Quien, así como hace nacer el pan de los terrones de tierra, así escondió en los días de la creación del mundo en las entrañas más profundas del suelo tesoros de fuego, metales, piedras preciosas, que habrían de ser utilizados por la mano del hombre para sus necesidades, sus obras y su progreso. La Iglesia, Madre de tantas Universi-

dades de Europa, que todavía no cesa de enaltecer y reunir a los más intrépidos maestros de las ciencias, investigadores de la Naturaleza, no ignora, sin embargo, que de todo bien y del mismo libre albedrío se puede hacer un uso digno de alabanza y premio o, por el contrario, de represión y condena. Así ha sucedido que el espíritu y la tendencia con que muchas veces se usó del progreso técnico hayan sido la causa de que en la hora que vivimos la técnica debe espigar su error y ser casi la vengadora de sí misma, creando instrumentos de ruina que destruyen hoy lo que ayer había edificado. Frente a la magnitud del desastre, originado por los errores indicados, no se ofrece otro remedio sino la vuelta a los altares, al pie de los cuales innumerables generaciones de creyentes adquirieron en otros tiempos la energía moral necesaria para el cumplimiento de los propios deberes; la vuelta a la fe, que iluminaba individuos y sociedades y enseñaba los derechos y los deberes propios de cada uno; la vuelta a las sabias e inquebrantables normas de un orden social, las cuales, tanto en el terreno nacional como en el internacional, oponen una eficaz barrera contra el abuso de la libertad, lo mismo que contra el abuso del Poder.

### Hay que preparar la paz justa

Pero el llamamiento a estas benéficas fuentes debe resonar alto, persistente, universal, en la hora en que la vieja ordenación esté para desaparecer y ceder el paso y el sitio a otra nueva. La futura reconstrucción podrá presentar y dar preciosas posibilidades de promover el bien, no exentas también del peligro de caer en errores y con los errores, favorecer el mal, y exigirá seriedad prudente y madura reflexión, no sólo por la gigantesca dificultad de la obra, sino también por las graves consecuencias que, en caso de fallar, ocasionaría en el campo material y espiritual. Exigirá entendimientos de amplios horizontes y voluntades de firmes propósitos, hombres valerosos y trabajadores; pero, sobre todo y antes de todo, conciencias que en los designios, en las deliberaciones y en las acciones estén animadas, movidas y sostenidas por un vivo sentimiento de responsabilidad y no rehusen inclinarse delante de las san-

tas leyes de Dios, porque si a la fuerza plasmadora en el orden material no se juntase una gran ponderación y un sincero propósito en el orden moral, se verificaría sin duda, la sentencia de San Agustín: «Corren bien, pero no corren por el camino; cuanto más corren, más yerran, porque se apartan del camino». Y no sería la primera vez que hombres que están para ceñirse las laureles de victorias de guerra soñaran con dar al mundo una nueva ordenación, señalando nuevos caminos que conducen, a su parecer, al bienestar, a la prosperidad y al progreso. Pero todas las veces que cayeron en la tentación de imponer sus propias construcciones contra el dictamen de la razón, de la moderación, de la justicia y de la noble humanidad, se vieron caer y se asombraron al contemplar los restos de las esperanzas fallidas y de los proyectos fracasados. De aquí enseña la Historia que los tratados de paz, estipulados con espíritu y condiciones que estén en contraste, ya con los dictámenes morales, ya con una genuina prudencia política, no consiguieron más de una vida breve y mezquina, poniendo así en evidencia y testimoniando un error de cálculo, humano, sin duda alguna, pero no por eso menos funesto.

Ahora bien; las ruinas de esta guerra son ya demasiado enormes para añadirles también una paz frustrada y decepcionante, y por eso, para evitar tan grave desgracia, conviene que con voluntad sincera y enérgica, con propósito de generosa contribución, cooperen a ello, no sólo este o aquel pueblo, sino todos los pueblos; más aún, la Humanidad entera. Es una empresa universal de bien común que requiere la colaboración de la cristiandad, dados los aspectos religiosos y morales del nuevo edificio que se desea construir. Hacemos, pues, uso de un derecho nuestro o, mejor, cumplimos un deber nuestro si hoy, en la víspera de la Navidad, aurora divina de esperanza y de paz para el mundo, con la autoridad de Nuestro ministerio apostólico y el ardiente estímulo de nuestro corazón, llamamos la atención y la reflexión del Universo entero sobre los peligros que acechan y amenazan a una paz que sea base apta para una nueva y verdadera ordenación que responda a las espe-

ranzas y los votos de los pueblos por un porvenir más tranquilo. Tal ordenación nueva, que todos los pueblos desean ver realizada, después de las pruebas y las ruinas de esta guerra, tiene que ser edificada sobre la roca incommovible de la ley moral, manifestada por el Creado mismo por medio del orden natural y esculpida por El en los corazones de los hombres con caracteres indelebiles; ley moral, cuya observancia debe ser inculcada y promovida por la opinión pública de todas las naciones y de todos los Estados, con tal unanimidad de voces y de fuerza que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a atenuar su fuerza obligatoria. Como un faro resplandeciente ella debe, con los rayos de sus principios, dirigir el curso de la actividad de los hombres y de los Estados, los cuales tendrán que seguir sus indicaciones amonestadoras, saludables y provechosas si no quieren condenar a la tempestad y al naufragio todo trabajo y esfuerzo para establecer un nuevo orden.

Resumiendo, por tanto, y completando lo que en otras ocasiones fué por Nos expuesto, insistamos también ahora sobre algunas premisas esenciales de un orden internacional que, asegurando a todos los pueblos una paz justa y duradera, sea fecundo en bienestar y prosperidad.

#### Premisas esenciales del nuevo orden internacional

1) En el campo de una ordenación nueva, fundada sobre los principios morales, no hay lugar para la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de otras naciones, cualquiera que sea su extensión territorial o su capacidad defensiva. Si es inevitable que los grandes Estados, por sus mayores posibilidades y su potencia, tracen el camino para la constitución de grupos económicos entre ellos y las naciones más pequeñas y débiles, es, sin embargo, incontestable en el ámbito del interés general, el derecho de éstas, como de todos, al respeto de su libertad en el campo político; a la eficaz guarda de la neutralidad en la lucha entre los Estados, que les pertenece según el «jus naturale» y de gentes; a la tutela del propio desarrollo económico, ya que solamente de tal forma podrán

conseguir adecuadamente el bien común, el bienestar material y espiritual del propio pueblo.

2) En el campo de una nueva ordenación fundada sobre los principios morales, no hay lugar para la opresión abierta o solapada de las peculiaridades culturales y lingüísticas de las minorías nacionales; para impedir y disminuir su capacidad económica, para la limitación o abolición de su natural fecundidad. Cuanto más concienzudamente la autoridad competente del Estado respeta los derechos de las minorías, tanto más segura y eficazmente puede exigir de sus miembros el leal cumplimiento de sus deberes civiles, comunes a los otros ciudadanos.

3) En el campo de una nueva ordenación fundada sobre los principios morales no hay lugar para los estrechos cálculos egoístas que tienden a acaparar las fuentes económicas y las materias de uso común, de modo que las naciones menos favorecidas por la naturaleza queden excluidas. A este propósito Nos es de gran consuelo el ver afirmarse la necesidad de una participación de todos en los bienes de la tierra, incluso en aquellas naciones que, al actuar este principio, pertenecerían a la categoría de aquellos «que dan» y no a la de aquellos «que reciben». Pero es conforme a la equidad que una solución de esta cuestión, decisiva para la economía del mundo, se realice metódica y progresivamente, con las necesarias garantías y se adquiera experiencia de las faltas y omisiones del pasado. Si en la paz futura no se llegase a afrontar con valor este punto, quedaría en las relaciones entre los pueblos una vasta y profunda raíz de la que brotarían amargas luchas y desesperados celos que terminarían por conducir a nuevos conflictos. Pero es necesario observar de qué manera la solución satisfactoria de este problema está ligada estrechamente con otra base fundamental de una nueva ordenación, de la que hablamos en el punto siguiente.

#### Desarme e instituciones arbitrales

4) En el campo de una nueva ordenación, fundada sobre los principios morales, no hay lugar—una vez eliminados los

focos más peligrosos de conflictos armados—para una guerra total o para una desenfrenada carrera de armamentos. No se debe permitir que la desgracia de una guerra mundial, con sus ruinas económicas y sociales y sus aberraciones y perturbaciones morales, caiga por tercera vez sobre la Humanidad. Para que ésta sea protegida de tal azote es necesario que se proceda con seriedad y honestidad a una limitación progresiva y adecuada de los armamentos. El desequilibrio entre un exagerado armamento de los Estados potentes y un armamento deficiente de los Estados débiles, crea un peligro para la conservación de la tranquilidad y de la paz de los pueblos y aconseja que se venga a un amplio y proporcionado límite en la fabricación y en la posesión de armas ofensivas. Después, conforme a la medida según la cual el desarme se efectúe, habrá que establecer medios apropiados, honrosos para todos y eficaces para volver a dar a la norma «pacta sunt servanda» la función vital y moral que le corresponde en las relaciones jurídicas en los Estados. Tal norma, que en el pasado ha sufrido crisis inquietantes e innegables infracciones, ha encontrado en contra de sí una casi incurable desconfianza entre los diversos pueblos y sus respectivos gobernantes. Para que renazca la recíproca confianza, deben surgir instituciones que, ganándose el respeto general, se dediquen al nobilísimo oficio de garantizar el sincero cumplimiento de los tratados; de promover, según los principios del derecho y de la equidad, oportunas revisiones y correcciones. No se nos oculta el cúmulo de dificultades que hay que superar y la casi sobrehumana fuerza de buena voluntad que se pide a todas las partes para que converjan en dar una solución feliz a la doble empresa aquí trazada. Pero este trabajo común es tan esencial para una paz duradera que nada debe detener a los hombres de Estado responsables en comprenderlo y cooperar a ello con las fuerzas de una buena voluntad, la cual, mirando al bien futuro, venza los dolorosos recuerdos de las tentativas frustradas del pasado y no se deje asustar por el conocimiento del gigantesco esfuerzo que se requiere para tal empresa.

## Libertad para la Religión

5) En el campo de una nueva ordenación fundada sobre los principios morales no hay lugar para la persecución de la Religión y de la Iglesia. De una fe viva en un Dios personal y trascendente brota un claro y fuerte vigor moral que informa todo el curso de la vida. Porque la fe no es solamente una virtud, sino la fuerza divina por la cual entran en el santuario del alma todas las virtudes y se forma ese carácter fuerte y tenaz que no vacila en las pruebas de la razón y de la justicia. Esto es siempre verdad, pero tiene que brillar mucho más cuando tanto al hombre de Estado cuanto al último de los ciudadanos se exige el máximo de valor y de energía moral para reconstruir una nueva Europa y un mundo nuevo sobre las ruinas que el conflicto mundial ha acumulado con su violencia, con el odio y con la división de los espíritus. En cuanto a la cuestión social en especial, que al acabar la guerra se presentará más aguda, nuestros predecesores y Nos mismo hemos señalado las normas para su solución; las cuales, sin embargo, conviene considerar que solamente podrán observarse en su integridad y dar todo su fruto si los hombres de Estado y los pueblos, los patronos y los obreros están animados por la fe en un Dios personal, legislador y castigador, al cual deben dar cuenta de sus actos. Porque mientras la incredulidad que se enfrenta contra Dios, ordenador del Universo, es el más peligroso enemigo de un justo orden nuevo, todo hombre, en cambio, creyente en Dios, es su poderoso cantor y paladín. Quien tiene fe en Cristo, en su divinidad, en su ley, en su obra de amor y de hermandad entre los hombres, aportará elementos particularmente preciosos a la reconstrucción social y, con más razón, los aportarán los hombres de Estado cuando estén dispuestos a abrir ampliamente las puertas y llevar en su camino a la Iglesia de Cristo, a fin de que, libre y sin estorbos, poniendo sus espirituales energías al servicio de la inteligencia entre los pueblos y de la paz, pueda cooperar con su celo y con su amor al inmenso trabajo de restañar las heridas de la guerra. Por eso nos resulta inexplicable que en algunas regiones múltiples

disposiciones impidan el camino al mensaje de la fe cristiana, mientras se concede amplio y libre paso a una propaganda que la combate, se sustrae a la juventud de la benéfica influencia de la familia cristiana y se la aleja de la Iglesia y se la educa en un espíritu contrario a Cristo, inoculando concepciones, máximas y prácticas anticristianas; hacen difícil y perturbada la obra de la Iglesia en la cura de almas y en las obras de beneficencia e ignoran y rechazan su influjo moral sobre el individuo y la propiedad; determinaciones todas que, lejos de haber sido mutiladas o abolidas en el curso de la guerra, han ido, bajo no pocos aspectos, exasperándose mas. Es una triste señal para el espíritu cómo los enemigos de la Iglesia imponen también a los fieles en medio de los otros no leves sacrificios, el peso angustioso de una ansia amarga que pesa sobre las conciencias, y el ver que todo esto y más todavía pueda continuar entre los sufrimientos de la hora presente.

Nos amamos—y de ello es testigo Dios—con igual afecto a todos los pueblos, sin excepción alguna, y para evitar, incluso, la apariencia de estar movidos por espíritu parcial, nos hemos impuesto hasta ahora máxima reserva; pero las disposiciones contra la Iglesia y los fines que ellas persiguen son tales que nos sentimos obligados, en nombre de la verdad, a pronunciar una palabra, incluso para que no nazca, por desgracia, un extravío entre los fieles.

### Invocación a Roma cristiana

Nos miramos hoy, amados hijos, al Hombre-Dios nacido en un portal para volver a elevar al hombre a aquella grandeza de donde cayó por su culpa, para colocarlo de nuevo sobre el trono de libertad, de justicia y de honor que los siglos de los falsos dioses le habían negado. El fundamento de aquel trono será el Calvario; su ornato no será el oro o la plata, sino la sangre de Cristo, sangre divina, que desde hace veinte siglos corre por el mundo y tiñe de púrpura las mejillas de su Esposa, la Iglesia, y purificando, consagrando, santificando, glorificando a sus hijos, se convierte en candor de cielo.

¡Oh Roma cristiana! Aquella sangre es tu vida, por aque-

lla sangre tú eres grande e iluminas con tu grandeza incluso los restos y las rutas de la grandeza pagana y consagras los códigos de la sabiduría jurídica de los pretores y de los Césares. Tú eres madre de una justicia más alta y más humana, que te honra a tí, a tus seres y al que te escucha. Tú eres faro de civilización y de la culta Europa, y el mundo te debe cuanto de más sagrado y de más santo, cuanto de más sabio y honesto engrandece a los pueblos y hace hermosa su historia. Tú eres madre de caridad; tus fastos, tus monumentos, tus obras benéficas, tus monasterios y tus conventos, tus héroes y tus heroínas, tus viajes y tus misiones, tu antigüedad y tus siglos, con sus escuelas y sus Universidades, atestiguan los triunfos de la caridad, que todo lo abrasa, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo transforma para hacerse toda a todos, para confortar y aliviar a todos, sanar a todos, y llamar al hombre a la libertad dada por Cristo y tranquilizar a todos. Caridad que hermana a los pueblos y a todos los hombres, bajo cualquier cielo, lengua o usos que les distinguen; hace una sola familia y del mundo hace una patria común. Desde esta Roma, centro, roca y maestra del cristianismo, ciudad eterna en el tiempo, más por Cristo que por los Césares, Nos, movido por el deseo ardiente y vivísimo del bien de cada uno de los pueblos y la Humanidad entera, dirigimos nuestra palabra a todos, rogando y conjurando que no tarde el día en que en todos los lugares donde hoy hay hostilidad contra Dios y Cristo, hostilidad que arrastra a los hombres a la ruina temporal y eterna, prevalezca una mayor instrucción religiosa y nuevos propósitos. El día en que sobre la cuna de una nueva ordenación de los pueblos resplandezca la estrella de Belén, heraldo de un nuevo espíritu, que mueva a cantar con los ángeles «Gloria in excelsis Deo» y proclamar, como don concedido, por fin, por el Cielo a todas las gentes, «pax hominibus bonae voluntatis». Amanecida la aurora de aquel día, ¡con qué gozo las naciones y los gobernantes, libre el espíritu de los temores, de las insidias y del reproducirse de los conflictos, transformarán las espadas, desgarradoras de pechos humanos, en arados que surgen bajo el

sol de la bendición divina, del seno fecundo de la tierra, para arrancarle un pan bañado, sí, con su sudor, pero no con sangre ni lágrimas. Esperando así, y con esta anhelante plegaria sobre los labios, enviamos nuestro saludo y nuestra bendición a todos nuestros hijos del universo entero.

### Bendición a todo el mundo

Descienda nuestra bendición más amplia sobre todos aquellos, sacerdotes, religiosos y seculares, que sufren pena y angustia por su fe. Descienda también sobre aquellos que, aunque no pertenezcan al cuerpo visible de la Iglesia católica, nos están cercanos por la fe en Dios y en Jesucristo y con Nos concuerdan en la ordenación y los fines fundamentales de la paz. Descienda con particulares latidos de afectos sobre cuantos gimen en la tristeza y en la congoja de los sufrimientos de esta hora. Sea escudo a cuantos militan bajo las armas; medicina para los enfermos y los heridos, consuelo para los prisioneros, para los expulsados de la tierra nativa, para los alejados del hogar doméstico, para los deportados a tierras extranjeras, para los millones de desdichados que luchan a todas horas contra las espantosas embestidas del hambre. Sea bálsamo para todo dolor y desventura, sea sostén y consolación para todos los desgraciados menesterosos que esperan una palabra amiga que derrame en sus corazones fuerza, valor, dulzura de compasión y vida fraterna. Descanse, finalmente, nuestra bendición sobre aquellas almas y aquellas manos piadosas que con inagotable y generoso sacrificio nos han dado con que poder, dentro de las estrecheces de nuestros medios, enjugar las lágrimas, mitigar la pobreza de muchos, especialmente de los pobres y abandonados entre las víctimas de la guerra, haciendo así sentir cómo la bondad y benignidad de Dios, cuya suma e inefable revelación es el Niño del pesebre, que con su pobreza quiso hacernos ricos, no cesan jamás, en el sucederse de los tiempos y de las desgracias, de estar vivas y activas en la Iglesia. A todos damos, con profundo amor paterno de la plenitud de nuestro corazón, la bendición apostólica».

CIRCULAR  
SOBRE EL MENSAJE DE SU SANTIDAD

---

Los Rdos. Eclesiásticos y las Comunidades Religiosas penétrense de las enseñanzas contenidas en el preinserto documento pontifical, y procuren su mayor difusión entre el pueblo cristiano, a fin de que, sintiendo todos con el Papa, nos unamos más íntimamente a sus intenciones en la oración por la paz, por la exaltación de la Iglesia y la verdadera y estable prosperidad de los pueblos.

Léase también y medítese el precioso Mensaje pontificio en los círculos de estudio de la Acción Católica, la cual deberá utilizarlo en alguno de los actos que se organicen para festejar el «Día del Papa».

Y aprovechamos la presente oportunidad para anunciar ya a Nuestros carísimos diocesanos que este año, además del acostumbrado «Día del Papa», tendremos otra singular ocasión, en que manifestemos todos fervorosamente la espiritual adhesión que es debida al Pontífice Romano. El día 13 de Mayo, Su Santidad el Papa Pío XII celebrará, con el favor de Dios, el vigésimo quinto aniversario de su Consagración Episcopal, y para tal fecha se apresta la Cristiandad a rendirle homenaje de gratitud, de veneración y de filial amor. Al conocerlo, el Augusto Pontífice ha dicho, y así se nos ha significado por la Nunciatura Apostólica, que es su deseo «que esta conmemoración, en las actuales dolorosas circunstancias por qué atraviesa el mundo, revista un carácter de ferviente piedad y de oración por sus intenciones, en particular por la anhelada paz entre los pueblos ensangrentados hoy por durísima guerra».

En esta misma forma correspondamos también desde ahora a su solemne Mensaje, que aquí publicamos.

Ciudadela, 12 de Enero de 1942.

† EL OBISPO.

## CRONICA ESPECIAL

DE LA TRASLACION DE LOS RESTOS DEL EXCMO. Y RDMO. SR.

D. JUAN TORRES Y RIBAS, OBISPO DE MENORCA

Menorca correspondió prontamente a la Alocución Pastoral que nuestro Señor Obispo, deseoso de honrar la memoria de su Antecesor, publicó en el Boletín Oficial con fecha de 31 de Diciembre, y fueron a la verdad los actos del día 14 solemne y piadoso tributo al finado y testimonio de respeto y adhesión a la eclesiástica Jerarquía.

Para tejer más precisa y autorizadamente la crónica, incluiremos los diferentes documentos que al hecho se refieren.

Día 13 de Enero, verificóse por el Señor Obispo la inspección y reconocimiento del cadáver, y a són de atambor, como es costumbre, hizo el celoso señor Alcalde de Ciudadela un bando, en preparación de la fúnebre y religiosa solemnidad del día siguiente.

## ACTA DE RECONOCIMIENTO DEL CADAVER

«En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.—Nos, Don Bartolomé Pascual Marroig, Obispo de Menorca, el día trece de Enero de mil novecientos cuarenta y dos a las tres de la tarde, habiéndonos personado en el Cementerio de Ciudadela, en la cripta que allí tiene el Ilmo. Cabildo Catedral, concurriendo también Nuestro M. I. Vicario General, los M. I. Sres. Capitulares y otros Rdos. eclesiásticos, cumplidos los requisitos del caso, ordenamos fuese abierto el nicho n.º 17, en que consta fué sepultado en siete de Enero de mil novecientos treinta y nueve el Excmo. y Rdmó. Sr. D. Juan Torres Ribas; Obispo de Menorca, Nuestro Venerable Antecesor que santa gloria haya.—Reconocido por Nos el cadáver y rezado un responso, ordenamos fuese colocado en otro ataúd, e incluídos también en el mismo el Evangelio de San Juan en su capítulo del Buen Pastor, y escrita en pergamino la siguiente nota: In memoriam. Joannes Torres Ribas, in Ebusitana civitate Balearium ortus, Episcopus Minoricensis, post annos XXXVI menses septem

Pontificatus, in Hospitali Municipali Civitellae, die VI Januarii MCMXXXIX, annos natus XCIV dies XXIX, aetate, moerore, infirmitate confectus, dum adhuc atrox persequutio grassabatur, omnium fidelium luctu, diem supremum obiit in Domino.—Tertio recurrente anniversario, Episcopus successor, cognitum a se cadáver, e coemeterio Civitellae, ubi tunc propter iniqua religioni tempora fuerat sepultum, in Cathedralem Ecclesiam, servato ritu Caeremonialis Episcoporum, transferre, ibique sepeliendum curavit. In pace.—Cerrado luego el nuevo ataúd, que estaba dispuesto y adornado conforme corresponde a la dignidad del difunto, con el crucifijo, una mitra y sus escudos, fué conducido seguidamente por dos M. I. Sres. Capitulares y dos Rdos. Sacerdotes del Clero Parroquial a la Capilla del Cementerio, rezándose el Miserere y, una vez depositado allí, la absolución; después de lo cual, encargamos al Reverendo Capellán del Cementerio que lo guardara y velara, en espera del solemne traslado a la Catedral que ha de efectuarse el día de mañana.—Se extiende por duplicado la presente acta para guardarse una en el archivo de la Curia y otra en el Capitular. Fecha ut supra.—† Bartolomé, Obispo de Menorca.—Por mandato de S. E. Rdma. Juan Jaume, Canónigo, Vice Canciller.»

Precisamente en el momento en que se hacía el reconocimiento del cadáver, comenzaron a doblar las nuevas campanas de la santa Iglesia Catedral. A pesar de lo desapacible del tiempo, no faltaron fieles que acudieran a rezar en la capilla, hasta que a las siete se cerró, guardando la llave el Rdo. Capellán Custos del Cementerio.

#### EL BANDO DE LA ALCALDIA

«De orden del Señor Alcalde se hace saber: Que, con motivo de celebrarse mañana el acto del entierro oficial del Excelentísimo Sr. Obispo Don Juan Torres y Ribas, quedará suspendida toda clase de trabajo en esta población, desde las ocho a las doce de la mañana, incluso la circulación de vehículos por las calles que ha de recorrer la comitiva fúnebre. Las tiendas de comestibles y comercios en general cerrarán sus puertas a

las 9 de la mañana hasta la terminación del funeral. Se invita al vecindario a poner colgaduras con crespones negros en ventanas y balcones, y de un modo especial, a los vecinos de las calles por donde ha de pasar el entierro. Esta Alcaldía espera que el pueblo de Ciudadela responderá unánimamente asociándose a tan piadosos actos.»

#### LA PROCESION FUNEBRE

Habíase determinado que la procesión fúnebre llegara íntegramente hasta el Cementerio y que de regreso pasara por el Hospital, en conmemoración de que allí en 1939 había muerto el Prelado, y que desde el Hospital siguiera las vías del ensanche por donde hacen los Obispos su primera entrada solemne en la Catedral. Pero el día 14 amaneció tormentoso y un fuerte y persistente aguacero obligó, a última hora, a modificar el orden y abreviar el itinerario. A las nueve y media, hora prefijada, no obstante la lluvia pertinaz, salió bajo la cruz catedralicia la procesión con la mayor parte del Clero, presidida por el Sr. Obispo, y marchó hasta el Hospital, donde estaban reunidas las Autoridades y comisiones. Allá, poco después, llegó la otra pequeña parte del Clero que se había adelantado y venía del Cementerio portando el cadáver bajo Cruz, presidiendo el Sr. Arcipreste y acompañando los honorables payeses en traje típico de luto, y la Junta del Cementerio. Así el féretro, conteniendo los restos mortales del Excmo. y Rdm. Señor Obispo Torres, fué recibido por el Sr. Obispo sucesor en el Hospital, y luego entrado en su iglesia para el rezo de un responso. Poco después de las 10, se reorganizó y puso en marcha la procesión funeral con este orden: O.O. J.J. de Falange, la Cruz Alzada de la parroquia de San Francisco y la de la Catedral, el Seminario, el Clero parroquial de la Isla, el Clero Catedral, el Ilmo. Cabildo, el féretro del difunto Prelado llevado por los Rdos. Ecónomos de la Diócesis y acompañado por la comisión de payeses de Sta. Escolástica con blandones, el Señor Obispo con los Sres. presbítero asistente y ministros, Sres. Palós Arcipreste, Bosch Arcediano y Vivern Penitenciario. Seguía la comitiva de Autoridades y representaciones (que más adelante

se detallarán). La lluvia arreciaba y, abreviando el itinerario, la procesión recorrió las calles de Martorell, José Antonio, plaza Alfonso III, Carmen, plaza de España, José M.<sup>a</sup> Quadrado, plaza Catedral. Junto a la puerta principal del templo aguardaban las Cruces procesionales de las otras Parroquias de la Isla, que al entrar el entierro en el sagrado recinto ocuparon su lugar correspondiente.

#### LA MISA DE PONTIFICAL DE REQUIEM

El féretro episcopal penetró en el templo a las diez y media y fué colocado sobre amplio túmulo de poca elevación, severa y noblemente adornado, en torno del cual ardían diez y seis hachas. Tomaron asiento a ambos lados del túmulo, las autoridades y comisiones que habían formado la comitiva, en este orden: lado del Evangelio, Excelentísimo señor Gobernador Militar de Menorca, representado por el Coronel del Regimiento de Infantería número 37, Ilustrísimo señor don Antonio Márquez Meler; Ilustrísimo señor Comandante Naval de Menorca, Capitán de Navío don Pedro Fontella Maristany; Ilustrísimo señor Delegado Especial del Gobierno y Gestor Provincial, D. Luis Victory Manella; Jefe Insular del Movimiento, D. Juan Tomás Riutort; Alcalde de Ciudadela, D. Juan Gelabert Caules; familiares del difunto Prelado, Juez Municipal, José Sintes, en representación del Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia del Partido; Teniente Coronel Jefe de Estado Mayor, don Luis Arribas Vicuña; Jefe Insular de Propaganda, D. Fernando Jansá; Jefe Local de Ciudadela, D. Juan Coll; Delegada Local de la Sección Femenina, Regidora de la misma; Comandante Militar, Jerarquías Insulares del Movimiento, Señores de la nobleza menorquina, primeros Jefes de Aduanas, Correos, Telégrafos, Jefes locales de Ciudadela, facultativos de San Cosme y San Damián, Junta del Cementerio, representación militar de Ciudadela, de la Guardia Civil y Policía Armada, y numerosos afiliados de la Falange con las banderas Nacional y del Movimiento, así como las del S. E. U.

En el lado de la Epístola tomaron asiento los Alcaldes de Villa-Carlos, San Luis, Mercadal y Alayor, con el de Mahón,

D. Juan Victory, que figuraba en cabecera; Comandante Militar de la Plaza y Ayudante Militar de Marina del puerto de Ciudadela; Concejales de Ciudadela, Mahón, Alayor, Mercadal, San Luis y Villa-Carlos, Hermandad de Payeses de Santa Escolástica, representaciones del Consejo Superior Diocesano de la Adoración Nocturna, Cruz Roja, Asociación Católica de Padres de Familia, Juventud Masculina de Acción Católica, Ateneo Científico, Literario y Artístico, Orfeón Mahonés, «Menorca,» etcétera.

En el coro presbiterio tenían su puesto más de un centenar entre sacerdotes, seminaristas y sacristanes del servicio del altar. Mientras tanto el Señor Obispo subió a su Sede y cambió el pluvial negro por las tunicelas y la casulla, y después inició la solemne Misa de Requiem Pontifical. Las beneméritas juventudes de A. C. y de varios colegios de Ciudadela se habían venido preparando con repetidos ensayos, y así, conforme a lo que el actual Prelado tiene establecido desde un principio para todas las Misas Pontificales, cantóse también ésta en melodía puramente gregoriana con devoción y ajuste, participando en ella el pueblo que alternaba numeroso, hasta en las estrofas del «Dies irae», con el coro sacerdotal reunido de todas las iglesias de la Isla. Verdaderamente la Catedral aparecía entonces el templo de la iglesia madre de todos. Nunca habíamos visto—ha dicho alguien—tan manifiesta y magníficamente plasmada la comunión del Prelado, Clero y pueblo cristiano como en esta Misa Pontifical conmovedora, celebrada por el Obispo propio ante los restos de su antecesor y cantada juntamente por todos los sacerdotes y los fieles, ayudando a eso la austera sencillez del simple canto gregoriano y la mutua visión de todos en la Catedral litúrgicamente dispuesta y reformada. «La magnífica iluminación eléctrica del templo—escribe el cronista del diario «Menorca» de Mahón—daba a la Catedral restaurada un golpe de vista suntuoso... y el acto resultó de una grandiosidad sin precedentes».

Terminada la Misa, se hicieron junto al túbulo las cinco absoluciones de la rúbrica pontifical por los Sres. Arcipreste,

Arcediano, Penitenciario, Canónigo Taberner, y la última por el Señor Obispo.

#### EL SEPELIO

Después se hizo el sepelio. He aquí el acta del mismo:

«En el Nombre del Señor.—Día catorce de Enero de mil novecientos cuarenta y dos a las doce y media, después de celebrada por Nos la solemne Misa Pontifical de «Requiem,» cuerpo presente, y hechas las cinco absoluciones de rúbrica en sufragio del alma del Excmo. y Rdmo. Sr. D. Juan Torres Ribas (q. s. g. h.), Nuestro Venerable Predecesor en esta Sede Minoricense, cerráronse las puertas del templo Catedral, quedando en el mismo el Cabildo y Clero, las Autoridades y representaciones oficiales y los familiares del difunto D. Juan Torres Roig y D. Juan Torres Tur; y procedimos a bendecir la sepultura cavada en la capilla de San Joaquín, a su entrada y junto a la pared de la parte del evangelio; seguidamente se hizo en ella, a presencia de todos, el sepelio del cadáver de dicho Señor Obispo, trasladado esta mañana del Cementerio a la Catedral, y luego la tumba fué cerrada y cubierta.—Otro sí dispusimos que allí se erigiese un monumento sepulcral en piadosa memoria y honra del finado.—In pace.—Fecha ut supra.—Extiéndese por duplicado la presente acta para el archivo Capitular y el de Nuestra Curia.—† Bartolomé, Obispo de Menorca.—Por mandato de S. E. Rdma. Juan Jaume, Canónigo, Vice-Canciller.»

Cerraron el acto breves palabras del Sr. Obispo, agradeciendo la asistencia de las Autoridades y representaciones allí presentes.

Junto a la tumba quedó expuesto el proyecto del monumento sepulcral.

Según es costumbre de la Iglesia menorquina en la muerte de sus Obispos, durante seis días consecutivos doblarán las campanas catedralicias en memoria del Excmo. Sr. Obispo Torres, por la mañana, al mediodía y al anochecer.

A. E. P. I. P. A.

(El Cronista Diocesano)